CAPITULO XXVIII

Jesucristo, apóstol del Padre en lo recogido de Nazaret. La Iglesia orante y expiante

La soledad espiritual y perfecta es bien o buena en sí misma, porque es vivir en Dios y con Dios; es bien y buena para los demás, porque alcanza la gracia para las almas e irradia luz de amor y sabiduría de virtudes. La soledad es ofrecimiento de alabanza a Dios y ofrecimiento de expiación por los pecados y pecadores.

La soledad es apostolado muy perfecto y de grandes frutos. De la soledad han salido muy grandes predicadores en obras y en palabras, con las cuales conmovieron y asombraron al mundo; fueron santos y elocuentes, sabios y expertos guías de numerosas almas.

La soledad ha dado muy sazonado y abundante fruto. Se ha cumplido la profecía de Isaías:

«Entonces la región desierta e intransitable se alegrará, y saltará de gozo la soledad, y florecerá como lirio. Fruc-

tificará copiosamente y se regocijará llena de alborozo y entonará himnos» (1).

Los solitarios influyeron en la conversión de la sociedad y en la vida de la Iglesia. No sé si con exageración se ha escrito: «No es por casualidad el que muchas de las grandes ideas, que han influido en los destinos de la humanidad, hayan venido del desierto. *Han sido los Padres del desierto quienes dieron forma, en gran parte, al pensamiento cristiano»* (2).

Quisiera yo ahora expresar toda la grandeza y hermosura de la soledad, no ya para el alma del solitario, sino para la Iglesia y para las almas todas, diciendo lo que es y lo que importa su apostolado.

La soledad es un apostolado perfecto, y apóstol eficaz es el solitario santo. El retiro del alma recogida en Dios es vida íntima, pero activísima, como lo es el cerebro sin que veamos sus movimientos, como lo es el fuego de un alto horno derritiendo la piedra y manando la corriente del metal, como lo es la savia en el botón hasta que se abre la rosa fragante y hermosa. La Iglesia necesita de este apostolado y está cimentada en él, sin excluir el activo. *La Iglesia docente y la*

(1) Isaías: XXXV, 1-2.
(2) Otto de Austria Hungría.

Iglesia que ora y expía forman la Iglesia perfecta y completa.

¿Me atreveré a decir que la Iglesia empezó orando y expiando en silencio, en la intimidad con Dios? ¿Qué Jesús fue la primera alma solitaria, no sólo los días que se retiró al desierto, sino todos los treinta años que vivió callado y oculto en Nazaret? Si más tarde dijo a cuantos quisieran seguirle para vivir su misma vida que lo dieran todo y fueran en pos de él, antes nos enseñó el tesoro de la vida oculta y su grandeza viviéndola, y nos enseñó que la redención del mundo y de las almas está en la vida santa y oculta.

Jesucristo fue la Iglesia docente, orante y expiadora.

Jesucristo, el *misionero del Padre en el mundo,* fue modelo perfecto de santidad y de todo apostolado. Fue el apóstol por sí mismo. Escogió y envió a los demás apóstoles para que hicieran lo que él hizo y enseñaran su doctrina.

El apóstol o enviado no puede enseñar o explicar otra doctrina que la de Jesucristo, como El nos enseñó la verdad recibida del Padre. *Como el Padre me envió, así os envío yo* (3).

Jesucristo fue modelo de una vida nueva y Maestro de una enseñanza nueva, y quiso redi-

(3) SAN JUAN, XX, 21.

mirnos de un modo no esperado. El enviado de Jesús, el apóstol de todos los tiempos será tanto más perfecto cuanto mejor imite a Jesús. Lleva el Evangelio en nombre de Jesús, participando de su misma vida y con su misma palabra. Cuando el apóstol quiere tener doctrinas propias y mostrar en ellas su talento, se independiza de Jesús y ya no es enviado suyo, como no lo es cuando no tiene la vida santa de oración, sacrificio y pobreza que Jesús tuvo. Yo así he vencido y redimido el mundo.

Desde antes de nacer, desde el primer instante de la Encarnación en el seno purísimo de la Virgen, Jesucristo cumplió fidelísimamente su misión de *apóstol del Padre y redentor del mundo*. Sabía y tenía presente que venía a misionar, a salvar las almas, y obedeció la voluntad y orden del Padre con la más alta y amorosa delicadeza. Ni un solo momento se desentendió de esta obligación aceptada. La vivió en perfecta unión y compenetración con el Padre desde el seno de la Virgen, en silencio, y apareciendo como impotente siendo la verdad y la omnipotencia; la continuó viviendo en silencio y pobreza en el misterio de Nazaret durante los años de la niñez inocente y de la juventud emprendedora y plena de ilusiones y pujanza.

¿Quién podrá expresar el misterio y la grandeza de la vida oculta de la casa ignorada de Naza-

ret? Porque en Nazaret empieza perfecta la Iglesia, *la Iglesia docente y la Iglesia orante y expiante;* en Nazaret están el Sacerdote Sumo y las almas sacerdotales y victimales perfectas; en Nazaret, la inmolación y la soledad fueron levantadas a la cumbre de la sobrenaturalización para terminar en el Gólgota.

Jesucristo, Sacerdote Supremo, ofreciendo todas las cosas al Padre y ofreciéndose a Sí mismo, no estaba solo y escondido en la vida infinita de Dios: estaban también con él aquellas dos almas puras sobre todas las demás, María y José, ofreciéndose en compañía de Jesús y por las manos de Jesús.

Que si el sacerdote ofrece y debe ser santo, el alma sacerdotal se ofrece a sí misma, sin ser sacerdote o es sacerdote de sí mismo, y se ofrece en inmolación; el sacerdote hace llegar a los fieles los sacramentos y el mismo cuerpo de Jesús, aún cuando él no siempre sea santo; el alma sacerdotal se ofrece a Dios y se inmola por todas las almas, alcanzando para todas gracias del cielo y siempre es santa si la inmolación es total y perfecta. Es la inmolación de tantas almas sacerdotales y santas que se ofrecen a Dios, llenas de virtudes, en los claustros y en la soledad de que hemos hablado. El sacerdote da, el alma sacerdotal se da. María y José eran las almas sacerdotales

que se ofrecían a sí mismas por manos de Jesucristo, Sumo Sacerdote.

Jesucristo se ofrecía a sí mismo y era la víctima de valor infinito.

Pienso yo, y nos lo dijo Jesús, que vino a dar gloria al Padre y se la dio perfecta, total; porque El era el infinito, hecho hombre sin dejar de ser Dios, que se ofrecía y oraba y daba gracias. El único digno y proporcionado de la divinidad; El sólo valía más que toda la creación visible e invisible.

El alma creada de Jesucristo, el entendimiento creado de Jesucristo y su voluntad y su cuerpo, en plena juventud, en los años de las ilusiones y de las grandes empresas, sabe que ha venido a salvar al mundo, sabe todas las ciencias y todos los idiomas y tiene toda la elocuencia, y como acto soberano de misionero con el cual compra las almas, está ofreciéndose todo a Dios Padre; ofrece todo lo grande de su entendimiento y de su voluntad; todas sus ilusiones; y se ofrece en soledad, ignorado, en un trabajo rudo y pobre, y permanece oculto en un pequeño pueblo durante treinta años. ¡Y así está redimiendo al mundo, siendo el misionero del mundo! Le redime ofreciendo las excelsas cualidades de que ha sido dotado, las más excelsas de la creación; las ofrece en oculto silencio de soledad.

La vida de Nazaret, de perfecta inmolación,

escondida en Dios, en silencio y callada actividad de amor, ha sido el más perfecto sacerdocio, la más santa soledad y la más provechosa inmolación. Allí se obraba la redención que habrá de terminar en la cruz. Era la esencia y lo puro de la Iglesia, que oraba y expiaba y creaba santidad.

Fue igualmente Jesucristo, misionero perfectísimo y heroico en los días de su absoluto retiro en el desierto, incomunicado externamente con los hombres, pero alcanzándoles la gracia y comprándoles con su oración y penitencia.

Terminó Jesucristo *su misión* en los tres últimos años de su vida, en una actividad brillante e infatigable, enseñando su doctrina a los pobres y sencillos sin dejar a los ricos o poderosos, y atrayendo a todos con los continuos milagros, que realizaba en prueba de su divinidad, ofreciendo su vida al Padre como víctima por el mundo en la plenitud y lozanía de sus años, en el esplendor de su enseñanza; y ofrece la vida santa y pura abrazado a la cruz y abrazado a lo más doloroso que es la deshonra delante de los hombres, calumniado y castigado como si fuera un criminal malhechor, siendo la santidad y bondad por esencia.

En esta muerte deshonrosa, vil y despreciable ante los hombres, pero aceptada y abrazada en lo exuberante y glorioso de la vida, ofreció todo su valor, toda su sabiduría y toda su dignidad infi-

nita como obsequio digno a Dios y como precio y rescate por el mundo. Con tanto amor nos compró y redimió. Era la víctima infinita de valor y mérito infinito y total y perfectamente ofrecida para redimir a todo el género humano.

Jesucristo no desperdició en toda su vida ni un solo momento, ni dejó un instante de ser el apóstol perfectísimo, ni dejó de cumplir exactamente y con soberana fidelidad la misión recibida. Jesucristo, escondido y al parecer olvidado, nos estaba alcanzando siempre la gracia, el amor y salvación con la oración, la expiación y el ofrecimiento. Fue sin interrupción el perfecto apóstol del Padre en Belén y en Egipto, en Nazaret y en Jerusalén, y redimió al mundo con la oración, el retiro y la cruz. La redención fue fruto de la soledad y de la actividad juntamente, del ofrecimiento total.

CAPITULO XXIX

Jesucristo, modelo del apóstol activo y del apóstol solitario

Jesucristo, misionero del Padre, se encarnó para redimirnos y darnos ejemplo de vida. Pudo redimirnos de mil maneras desconocidas y ni aún sospechadas por nosotros. Pudo redimirnos entre delicias y riquezas, en la manifestación del más avasallador poder y del más exaltado honor, en una exhibición deslumbradora del honor, de la ciencia, de la gloria humana; pero el hecho es que escogió redimirnos por la cruz, por la oración, por el dolor, por la pobreza y en vida retirada y sencilla.

Desde el primer instante de su concepción abrazó el sufrir, el orar, el ofrecerse. Empezó con el dolor escondido en lo íntimo de la Virgen y terminó en la cruz, redimiéndonos.

De este modo fue el misionero del mundo y tal fue el ejemplo de vida que nos dejó.

Treinta años pasó escondido, pero no inactivo; en la sencillez de un artesano, que gana lo nece-

sario con rudo trabajo, vivía la actividad de mayor eficacia ante Dios, como era la actividad de la oración, de la expiación y del ofrecimiento. Empezó viviendo la vida santa de retiro y trabajo y terminó enseñando la verdad y el camino del cielo con el apostolado externo más activo y santo, en inmolación perfecta, con el cuerpo destrozado y crucificado, calumniado en su honra y con la plegaria de la caridad y del perdón en los labios, ofreciéndose por los mismos que le daban la muerte.

Nunca pensó Jesús que los treinta años vividos en la pobreza y en el trabajo vulgar y rudo (como si careciera de talento y de aptitudes para obras más brillantes) fueran tiempo perdido; antes, con obras ordinarias al exterior, sin tratar con los gobernantes ni sabios, supo, pudo y quiso redimir el mundo; allí nos estaba comprando con el tesoro de su amor en el silencio.

Tan abnegada, tan escondida y tan sabiamente nos redimía, nos compraba y nos enseñaba. En Nazaret, vivía en el ejercicio más perfecto, más santo y más beneficioso. Estaba ofreciéndose en todo totalmente a su Eterno Padre sin que nadie ni nada distrajera su intención, ni la mirada o trato del mundo le robara algo de la inmensa actividad de sus facultades o acciones. Toda la penetración y grandeza de su altísimo entendimiento y todo lo encendido y puro de su inmenso

amor lo empleaba en su eterno Padre; todo se lo ofrecía. Y con todo su ser pedía por nosotros y por todo el mundo; allí, calladamente, nos estaba redimiendo.

La iglesia, cuerpo místico de Jesucristo a través de los siglos, con todos sus miembros, intenta imitar la obra que realizó Jesucristo, tanto de propia santificación, como de súplica, de expiación, redención y apostolado con todos los hombres.

Como Jesucristo, *la iglesia es docente, orante y expiante o victimal.* Docente, cuando difunde la doctrina santa y la verdad por sus labios. Iglesia orante y victimal, cuando se ofrece y suplica, cuando sufre y se inmola. Pero es la misma iglesia: una. Ni creo sea temeridad mía, sino hermosísima y consoladora verdad, decir que son los miembros todos de la iglesia y es el florecimiento de la iglesia y la intensidad de la conversión de las almas, *como es la santidad y pureza de la iglesia orante y expiante:* no separada ni mucho menos opuesta a la docente, sino en íntima unión y hasta en los mismos miembros, aun cuando en unos predomina la actividad interna de la oración y retiro y en otros la actividad externa; pero todos son la única iglesia santa. Todo es el mismo apostolado, pero con diversa manifestación; uno, en retiro, en soledad: el otro, en actividad y trato; ambos viviendo en Dios.

Para el apostolado activo se ha de empezar por ser santo, como empezó Jesús viviendo santamente en Dios y para Dios. Que el alma se ofrezca directamente a Dios y reciba de El la luz, sin dar lugar a que se interponga la tierra de la propia complacencia, el interés humano, la comodidad o la presunción y codicia. Cuando se interpone este humano interés, viene el desmayo, la frialdad, como deja de recibirse la luz solar cuando se interpone la luna entre el sol y la tierra.

El apostolado es amar y hacer amar; es comunicar santidad viviendo santamente; es poner vida de Dios viviendo en amor de Dios; es comprar las almas haciendo penitencia y orando por ellas; siendo víctima inmolada por el amor de Dios para la redención de los hombres.

Es misionero de un alma, quien la compra y conquista ante Dios expiando, no quien la habla; que no se redimen las almas, ni el mundo, con regalos y blanduras.

El sacerdote-apóstol y el alma-apóstol, como enviados que son de Jesucristo, hablan palabras no suyas, ni sus propias opiniones por deslumbrantes y convincentes que les parezcan, sino palabras de Jesucristo y la verdad y doctrina de Jesucristo aprobada por la iglesia.

Es obligación del apóstol hacer propias las palabras, la doctrina y las virtudes de Jesucristo, meditándolas, viviéndolas, como ha de hacer

suya la vida de Jesús imitándola y enseñándola más con el propio ejemplo que con la palabra.

Los hombres no ven a Jesucristo, pero ven a su misionero y sacerdote y forman de Jesús la imagen que ven en su enviado. Cuando el sacerdote vea que la sociedad ha formado un concepto equivocado de Jesús, tiemble no lo haya aprendido de su vida y conducta menos digna.

Es propio del misionero enseñar; pero es aún más propio del misionero y del sacerdote y del alma santa sacerdotal, orar, ofrecerse, expiar y ser modelo.

No todos saben hablar o presentarse con elegancia y persuasión, pero todas las almas buenas quieren, pueden y saben orar, expiar, ofrecerse e inmolarse. Es relativamente fácil exhortar y reprender. Todos llevamos dentro de nosotros no poco de críticos, de descontentadizos y de imperativos para intentar imponer nuestras ideas y aun nuestros gustos a los demás y reprenderles autoritaria y agriamente cuando no se conforman con nuestros criterios, y a esto lo llamamos celo, cuando no pasa, con frecuencia, de amor propio. Más difícil, pero más importante y eficaz para el bien en el apostolado, es vivir santamente, y con mansedumbre, orar, expiar y ofrecerse al Señor y dar ejemplo.

CAPITULO XXX

Las almas solitarias se siembran en Dios y cosechan conversiones

Jesucristo ofreció su vida por todos; pero sólo se salvan los que le obedecen e imitan viviendo en la gracia santificante. Y se consigue la salvación aplicando la redención al alma individual por la cooperación del alma al llamamiento de Cristo.

Cada uno aplica a sí mismo la redención según su propia voluntad y es santo el que quiere y se esfuerza, pues Dios a todos da la gracia, por medio de Jesucristo, nuestro Redentor.

Este divino Misionero del Padre, no se amoldó al mundo ni a la manera de ser y pensar del mundo. Vino a redimir y a enseñar al mundo; a sobrenaturalizarlo y divinizarlo, enseñándole vida nueva y doctrina nueva, y empezó predicando lo inaudito: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos... Bienaventurados*

los que lloran... Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (1).

El enviado de Cristo, si se amolda al mundo, se hará mundano y no convertirá al mundo, pero con la doctrina y la vida de Cristo, transformará el mundo y salvará las almas.

Jesucristo se escondió y se sembró para dar el fruto de la redención y de la santidad; enseñó la soledad con su vida y con su palabra, y nunca la soledad dio tan espléndido y copioso fruto.

Se siembra escondiendo la semilla en la tierra, y Jesús se sembró a sí mismo escondiéndose en el ofrecimiento a su eterno Padre, escondiéndose en el seno de la Virgen, en la vida oscura de Nazaret y en el desierto. Se esconde en el sagrario, y se escondieron con El en Nazaret, Nuestra Señora y San José, y allí se sembraron, y el fruto fue la santidad personal y la de las innumerables almas que componen la iglesia.

Enseñó que la margarita preciosa estaba escondida en el campo, y el buen mercader compró el campo para poseer la margarita a costa de todos sus bienes.

La iglesia se sembró en el pecho de Cristo, en Nazaret, en las catacumbas y en la soledad; y Dios siembra las almas y las guarda seguras en su luz y en la soledad. *Los esconderás en lo escondi-*

---

(1) MATTH.: *El Sermón del Monte.* V.

do de tu rostro (2), en el pecho o amor de Jesús, que es el Verbo eterno, la Sabiduría del Padre. Jesús se escondió en sí mismo para ser la luz y la redención del mundo, y el alma, para ser luz, se ha de esconder en Dios, luz infinita, y recibiendo luz de Dios se hará sol espiritual del mundo e irradiará luz y calor de Dios.

Las almas santas, que han abrazado el recogimiento y la soledad, y viven despegadas de sí y de los bienes terrenos, forman la iglesia que ora y expía; son las almas víctimas de amor, han de ser puras y limpias. Estas almas se han sembrado y se siembran en la soledad; ya en los desiertos, ya en los claustros, para ser la floración más brillante y el fruto más rico y copioso de la Iglesia. Florecen en virtudes y en conversión de almas. El apóstol no solo ha de sembrar, sino que ha de sembrarse a sí mismo en Dios por la oración y sacrificio.

Hay una ceremonia, frecuentemente mal interpretada, en la toma de hábito y del velo de las Carmelitas y en otras Ordenes religiosas, muy conmovedora y aún más significativa. Cuando la víctima voluntaria de amor ha recibido el hábito o el velo de esposa de Cristo, se tiende en el suelo, y mientras está tendida cantan las religiosas el *Veni Creator* o el *Te Deum laudamus;*

---

(2) Salmo 30,21.

ambos himnos son de alabanza gozosa a Dios, cantos de alegría, y mientras se entonan, las manos cariñosas de las hermanas la cubren de flores, porque es momento de regocijo.

La religiosa tendida en el suelo se ha sembrado en Dios, en la consagración al amor y a la expiación, para ser jardín de Dios cubierto de flores y de frutos de eternidad; nacerá de ella la floración de la Iglesia y, como esposa de Cristo, el ornato y belleza de Dios. Es momento de gozo y de fe; no de muerte, como se piensa, sino de siembra y esperanza de resurrección y vida divina.

Estas almas victimales, santas, que se han sembrado en la soledad espiritual de los claustros silenciosos y pobres, guardados por el mismo Cristo como morada de sus esposas, viven la vida de amor, que es de continua oración y expiación por los pecados del mundo, por la conversión de las almas muertas a la gracia, por la santificación de los apóstoles activos. Son ellas la flor y el fruto del apostolado más eficaz.

Porque en mi opinión, como ya dije, estará el mundo y la misma Iglesia como esté la Iglesia orante y que expía. Ella es la luz y el crisol hasta de los mismos apóstoles activos y docentes. Esta Iglesia ha de ser muy especialmente santa.

Si de todos los sacerdotes o predicadores dijo Santa Teresa que *han de ser no hombres, sino*

ángeles (3), con más verdad se aplica a la Iglesia que ora en retiro y soledad espiritual. El demonio presenta contra ella toda su astucia y su poder; terriblemente la combate y persigue porque conoce su fuerza.

La eficacia del apostolado está en el amor; según es el amor, es la perfección de la entrega, es la oración, el sacrificio y las virtudes.

En el amor íntimo y de unión, el alma se entrega toda y lo alcanza todo del Señor. La petición del alma en amor es sólo la gloria de Dios y la gloria de las almas; la aplicación de la redención de Cristo a sí misma y a todos los hombres. El Señor despacha favorablemente la petición de sus amadas; El mismo las ha enseñado a pedir, y estas amadas de Dios toman sobre sí, con la fuerza y la confianza del amor, la expiación de los pecados de todo el mundo. Son la oración y sacrificio de la Iglesia; porque la oración es ejercicio de amor y el alma amante no puede estar sin ejercitar el amor ni lejos de la compañía del Amado. Son el pecho amoroso de Jesús, que late por todos y lo inflama todo.

La Carmelita es un apóstol abismado en Dios, como lo fueron todos los solitarios santos de todos los tiempos; son almas escogidas y llamadas por el mismo Dios exclusivamente para amar y

---

(3) Santa Teresa de Jesús: *Camino de Perfección*. Cap. III.

expiar, para ser santas, y como efecto necesario, sin darse ellas cuenta, para difundir santidad, dar a conocer a Dios y hacer amar al Amor, borrando con su ofrecimiento y con sus sacrificios los pecados de los hombres, atrayéndolos por la conversión a la gracia y a vida santa.

¡Qué santos y qué abnegados han de ser los que, retirados del mundo, abrazan la soledad! ¡Qué apóstoles tan magníficos! ¡El mismo Jesús está con ellos, ya que ellos lo dejaron todo para estar sólo a solas con El!

La Iglesia que ora y expía atrae el amor de Dios sobre las almas y llega donde no puede llegar la Iglesia docente. Ni el demonio ni los hombres enemigos de la religión pueden aprisionar ni determinar las oraciones y las expiaciones, y éstas son el medio difusor de la Iglesia de Dios. La Iglesia que ora y expía, venciendo todos los obstáculos y volando por encima de todas las fronteras, lleva el amor de Dios en alas de los ángeles a todos los rincones de la tierra y conseguirá que todas las gentes se conviertan al amor de Dios y vivan vida del cielo.

Pero la Iglesia que ora y expía no puede estar lejos ni separada de la Iglesia docente. Las oraciones y penitencias de las almas en soledad acompañan siempre, como ángeles tutelares, a los apóstoles que andan por el mundo enseñando a los pueblos la verdad de Dios, como acom-

pañaba la nube al pueblo de Israel por el desierto y como acompañaba la Virgen Santísima, retirada en Efeso, a los apóstoles que evangelizaban por el mundo, porque:

> el amor cuando es crecido
> no puede estar sin obrar (4).

---

(4) SANTA TERESA DE JESÚS: *Poesía a San Andrés.*

CAPITULO XXXI

Unión del apóstol activo y del alma solitaria para la eficacia del apostolado

Los miembros de Cristo, en el cuerpo místico de Cristo, necesitan estar más unidos y vivir más armónicamente que los miembros del cuerpo, pues tienen todos la misma vida: Jesús.

Los misioneros activos y los contemplativos trabajan para amar a Cristo y hacerle amar de todas las almas, y unos y otros forman un solo y perfecto apostolado; mutuamente se completan, y cuando falta uno de los dos no hay apostolado perfecto.

No pueden faltar nunca estos dos miembros; tan necesario es el uno como el otro, y los dos unidos son la vida de la Iglesia.

Santa Teresa de Jesús decía a sus Carmelitas, retiradas, solitarias, descendientes de ermitaños, señalándolas el espíritu que habían de tener de Iglesia orante y expiadora: que no se tuviese por Carmelita la que no ofreciera todas sus oraciones y sacrificios para que Jesucristo fuera más ama-

do y conocido y para que se extendiera la Iglesia. Ni dejaba de recordarles su fin de que se ofrecieran al Señor por los sacerdotes y apóstoles que trabajaban en las almas, para que sean santos, porque han de ser ángeles y estar despegados del mundo los que tratan de convertirle.

Y señalaba estos efectos de las almas muy abrasadas en el amor de Dios:

«Da Dios a estas almas un deseo tan grandísimo de no descontentarle en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfección, si pudiese, que por sólo esto, aunque no fuese por más, querría huir de las gentes, y ha gran envidia a los que viven y han vivido en los desiertos. Por otra parte, se querría meter en mitad del mundo por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más a Dios» (1).

Los que viven en soledad espiritual, si viven santamente y sólo para Dios, como es su fin, no pueden olvidarse de pedir y ofrecerse a Dios con instancia grande y no pequeños sacrificios por el florecimiento de la Iglesia, por la salvación y santificación de todas las almas, pues todas son criadas por Dios, redimidas por la sangre de Jesucristo y hermanas suyas; y muy especialmente por cuantos se dedican al apostolado externo.

Y cuantos se consagran a este apostolado externo por el llamamiento divino, si son fieles y lo

(1) Santa Teresa de Jesús: *Moradas Sextas.* Cap. VI.

hacen, como deben, por verdadero amor de Dios, no pueden menos de poner todo su esfuerzo por tener oración y recogimiento y presencia de Dios, para vivir desprendidos de los bienes y amistades terrenas y muy sobre sí mismos en soledad espiritual, en perfecta soledad espiritual, tanto más necesaria cuanto están en más difíciles circunstancias; porque es heroico tratar con el mundo y estar desprendido de él; pero tanto más meritoria y santa será la obra cuanto más difícil.

El hombre *puede plantar y regar,* hablar y moverse; pero *sólo Dios da el incremento.* Las gracias de la conversión y de la santificación sólo las puede dar Dios, y sin su gracia y la unción del Espíritu Santo, todas las palabras y todos los esfuerzos del apóstol serán estériles y vanos. Pero Dios se comunica por conducto de las almas santas, y todos tenemos que pedir al Dador de todo bien que envíe apóstoles santos a su Iglesia.

El apóstol externo, santo, el maestro de las almas, siente la necesidad de encomendarse a sí mismo y encomendar su obra para que el Señor la haga dar copioso fruto, y encomienda también a las almas santas que viven en la Iglesia, en los lugares que sea, y a todas las almas del mundo. Así, compenetrados y hechos uno solo, está el misionero externo santo y el alma solitaria santa, la Iglesia docente y la Iglesia que ora y expía, formando el único apostolado de Dios, pues en sus-

tancia sólo hay un apostolado: el de la santidad y las virtudes, el de amar y hacer amar.

El misionero sin santidad, sin la vida interior, sería un sol pintado, que, por bello que parezca, no da luz ni calor.

Vemos hoy que en las misiones colectivas de las ciudades, los misioneros dirigentes piden a los monasterios de clausura oraciones para que Dios derrame gracias especiales en esos días y bendiga los labios y los actos del apóstol, porque sólo hay un apostolado, y las diversas maneras de practicarlo han de converger en Dios, que es el hacedor de todo.

Jesucristo, con su ejemplo y con su palabra, nos mandó la oración permanente y la penitencia, y envió a los escogidos a predicar, desprovistos de bienes materiales, sin que nada les faltase, confiando en la divina Providencia, *y sólo mediante la oración y el ayuno se arroja esta clase de demonios* (2), les dijo al bajar del monte Tabor.

También el apóstol de vida activa ha de ser necesariamente alma interior y vivir la soledad espiritual. La vivía San Pablo, el gran misionero, entre los apóstoles; la vivía entre las gentes y en la cárcel, y repetía la enseñanza fundamental del Divino Maestro: *No queráis que vuestra vida sea*

(2) MATTH.: XVII, 20.

como la vida de los mundanos (3), y afianzando y enseñando la vida que ha de tener el cristiano, decía imperativamente: *Vuestra vida esté escondida en Cristo* (4).

El apóstol de vida externa no puede estar vacío interiormente, ni estar lejos de Dios, ni debe vivir sin tener mucho trato con Nuestro Señor. Ha sido llamado para ser mensajero de la vida espiritual, interior, de amor divino, y no puede llevarla, ni aun hablar consciente y experimentalmente de ella, si no la vive y va lleno de Dios, empapado en amor y reflejando santidad en sus obras lo mismo que en sus palabras. Ha de sembrar vida santa y no se efectuará la siembra si se carece de la semilla.

Y esta verdad no fue sólo para el apóstol de los primeros siglos de la Iglesia; lo es para todos los tiempos, como el Evangelio, y lo es en el momento presente. De admirable actualidad y dinamismo es el Papa Pío XII, a quien todos admiramos, y en repetidas ocasiones la ha inculcado. Suyas son estas palabras al sacerdote:

«Ser hombre de Dios es, ante todo, tender a la perfección de la caridad divina: *"Sed santos porque yo, el señor vuestro Dios, soy santo"* (Lev. 19, 2). Ahora bien, hoy, como ayer, la santidad exige como condición indispensable

(3) San Pablo: *A los Romanos,* XII, 2.
(4) Idem: *A los colosenses,* III,3.

la oración y la ascesis, y no nos cansaríamos de recomendar a todos nuestros hijos alistados en los trabajos del ministerio sacerdotal que se examinen sobre su fidelidad a esta doble obligación...

»¡Estos caminos trazados por sus antecesores, estos caminos que exige sobre todo la santidad de su vocación, síganlos los sacerdotes de hoy con una generosidad tanto más grande cuanto que las tareas apostólicas que les solicitan son más pesadas y más acuciantes! ¡Que mediten la admirable exhortación de San Pío X al clero católico! ¡Que recuerden nuestras repetidas palabras! No en vano al comienzo de nuestro pontificado dábamos esta consigna a los sacerdotes: *Orate, magis magisque et instanter orate.* Y no sin grandes motivos en nuestra exhortación *Mentis nostrae* expresábamos "nuestra preocupación y nuestra ansiedad" ante el pensamiento de alguno de nuestros hijos que "cayeron en el torbellino de la actividad exterior hasta olvidar el primer deber del sacerdote, que es el deber de su propia santificación".

»Las grandes leyes de la unión con Dios y de la fecundidad apostólica permanecen inalterables de siglo en siglo; la cruz sigue siendo el instrumento de nuestra salud, y todos los días por el sacrificio de sí mismo, que inspira la caridad divina: todos los días *por el ayuno y la oración* será vencido el príncipe de las tinieblas» (5).

«La necesidad de adaptar el apostolado a las exigencias y a la mentalidad de la vida moderna, conduce a muchos a intentar caminos nuevos no perfectamente concordes con la ortodoxia, a estimar menos la vida interior, sin la cual la acción se convierte en agitación y desorden, y, por consiguiente, a atenuar los peligros de un mundo a cuyos atrac-

(5) Pío XII: *Grandeza y deberes del ministerio sacerdotal.* Carta al Cardenal Feltin con motivo del III Centenario del S. Jean-Jacques Olior: 25-III-1975. (Cuando se escribieron estas palabras aún vivía Pío XII.)

tivos sugestivos mal podría sustraerse el sacerdote que no esté fuertemente templado en la oración, en la penitencia, en el espíritu de unión con Dios» (6).

La vida interior, la soledad espiritual del alma con Dios no sólo la quiere el Papa Pío XII en los sacerdotes, también la exige en los apóstoles seglares. Así dice a las jóvenes de *Acción Católica:*

«La civilización moderna seduce por su carácter de actualidad; está orientada hacia el porvenir, hacia la conquista, hacia la organización de una sociedad que desborda las fronteras políticas y étnicas, abarcando el universo. ¿Cómo podríais vosotras estar convencidas de la actualidad apasionante y del poder impulsivo de la vida espiritual si no la hubiereis experimentado bajo cualquier forma, si cada día no os esforzáis en penetrar ante todo en ese mundo, más recóndito pero más real y maravilloso que el otro, y os esforzáis por descubrirle bajo la guía de Dios mismo?...

»Es necesario que El crezca y yo disminuya. ¿Cuántas jóvenes tienen el valor de entregarse a la oración cotidiana y prolongada, única vía que conduce a la presencia de Dios? No esperéis, queridas hijas, realizar un apostolado digno de tal nombre si no aceptáis desde el comienzo esta elemental exigencia, cuya importancia no ha cesado de subrayar la tradición cristiana» (7).

---

(6) Pío XII: *Carta al Congreso de Directores Espirituales de Italia,* 5-IX-1956. Muchísimos documentos semejantes a éste ha dado Pío XII, que ni aun con sólo el citarlos se haría en pocas líneas. Siempre que quiere la santidad del Sacerdote apóstol.

(7) Pío XII: *Congreso de las Juventudes femeninas,* el 3-IV-1956.

El apóstol es una hoguera de Dios y un sol en lo alto del firmamento, creado, puesto y alimentado por Dios para que dé luz y calor divino y derrita todos los hielos de la frialdad religiosa, de la ignorancia y del pecado.

Será mejor apóstol la hoguera más encendida, el sol más esplendoroso, el que caliente más almas y las inflame en amor. Esté donde quiera ese sol, siempre estará en el firmamento de Dios, en la amistad con Dios, en la soledad espiritual, y Dios le está dando la vida; cuanto más cerca y más lleno de Dios esté, más almas convertirá y santificará, esté en el desierto o esté en el mundo.

No hay discrepancia alguna en que el apóstol de Dios ha de vivir esa vida de Dios por la vida de oración. Habría discrepancias en el obrar, pero no en el pensar ni en el aconsejar.

Será el Papa, será un Santo antiguo o moderno o será un escritor eclesiástico cualquiera; todos, en una forma o en otra, enseñan esta verdad. Un autor de nuestros días nos dice:

«Los Santos llevaron muchas almas a Dios, y los malos sacerdotes no llevan ninguna o las alejan» (8).

«No puede haber eficacia sobrenatural alguna sin una vida de oración auténtica. Si las exigencias de la vida moderna y de sus actividades múltiples se muestran incompatibles

---

(8) P. César Vaca: *Guías de Almas.* Cap. VII.

con la oración prolongada, caiga la actividad, cercénese, húyase de ella; todo menos cortar las alas a las almas y empobrecer su vida interior...» «Sería gravísimo y peligrosísimo yerro si el sacerdote, dejándose llevar de falso celo, descuidase la santificación propia por engolfarse totalmente en las ocupaciones exteriores, por buenas que sean, del ministerio sacerdotal...» (9).

«... No nos conformemos con esas orientaciones espirituales que llaman vida de oración a un cuarto de hora y parecen colocar el *desideratum* en la media hora al día. La gente del mundo, lo mismo que los directores, deben tener tiempo, deben buscarlo por todos los medios. No creo que nadie me contradiga si afirmo dos cosas: primera, que no hay alma, por ocupada que sea su vida, que *queriendo,* no acierte a encontrar tiempo suficiente para la oración; y segunda, que son inútiles todos los otros medios sin éste, sin una vida de oración, a la antigua» (10).

El apostolado es unión porque es amor de Dios y difusión de amor. El alma santa, cuanto más santa será más humilde, se unirá más a las oraciones y penitencias de los santos y a la actividad de los apóstoles. La santidad es apostolado *porque es amar y hacer amar al amor.* El santo hará suyas estas palabras de Santa Teresa de Jesús:

«Mi Dios, ordenad de manera que ella (el alma abrasada) pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra gloria...» Está dispuesta a «dar mil vidas por que un alma os

(9) Pío XI: *Ad Catholici Sacerdotii.*
(10) CÉSAR VACA: *Guías de Almas.* Cap. VIII.

alabe un poquito más a su causa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un pequeño trabajo, cuanto más morir» (11).

O dirá con Raimundo Lulio en la soledad de *Blanquerna:*

«Lloraba el Amigo y decía: —¿Cuándo llegará el tiempo en que cesarán en el mundo las tinieblas y los caminos del infierno para que cesen las carreras infernales? ¿Y cuándo llegará la hora en que el agua, que acostumbra a correr hacia abajo, tornará la inclinación y naturaleza de subir hacia arriba? ¿Y cuándo serán más los inocentes que los culpables? ¡Ah! ¿Cuándo se gloriará el Amigo de morir por el Amado? ¿Y cuándo verá el Amado a su Amigo enfermar por su amor?» (12).

Las almas santas, por dispares que parezcan en sus sentimientos y en sus actividades, por distanciadas que se encuentren, y ni aún se conozcan, siempre están íntimamente unidas, pues están fundidas y fusionadas en el fuego del amor de Dios, con los mismos deseos y los mismos ideales de que todos amen al Amor.

Cuando hay discordia y desunión, cuando se oye crítica o encuentro, no está allí la virtud de la prudencia ni la santidad; no es el amor de Dios ni el ansia de que sea amado el Amor.

---

(11) SANTA TERESA DE JESÚS: *Moradas Sextas.* Cap. VI.
(12) RAIMUNDO LULIO: *Libro del Amigo y del Amado,* 4.

El falso celo, autor de la discordia, no es santidad, ni celo de almas, ni amor de Dios, sino amor propio, codicia de bienes o de fama y apego desmedido y tercamente aferrado al parecer propio.

CAPITULO XXXII

Grandes apóstoles activos han salido de la soledad

La soledad material, externa, pero espiritual y santa, no sólo es fuente de dulzuras para el alma que la vive y un como cielo anticipado; es también fuerza para la Iglesia y para todo el mundo; es el granero de abundantes y ricos frutos de Dios y la despensa, como la llamaban los Santos Padres, donde guarda el Señor sus cosechas y provisiones para las almas.

La santidad en la soledad, como en todas partes, no sólo es santa para el alma recogida, sino que irradia santidad, difunde amor y extiende el reino de Dios a muchas almas y por todo el mundo. Sólo en el libro de Dios veremos cuánto ayudaron las almas santas alejadas del mundo y puestas en la bondad de Dios a la difusión del Evangelio y a la conversión de los hombres.

En la soledad se formaron y de la soledad salieron muy grandes apóstoles que fueron luz de la Iglesia y prepararon los caminos del Señor.

En la soledad del desierto escogió Dios a Moisés cuando pastoreaba las ovejas para que condujera a su pueblo y obrase prodigios nunca oídos. De la soledad donde vivía sacaba al profeta Elías para las tremendas y difíciles embajadas ante el rey Acab y para invitar a todo el pueblo de Israel a volver al servicio y culto del Señor.

Morador del desierto fue desde su niñez San Juan Bautista, quien se definía a sí mismo diciendo que *era la voz que clama en el desierto,* y Dios le escogió para precursor suyo y le mandó a prepararle los caminos y a predicar al pueblo la penitencia. El mismo Jesús dijo en su alabanza que no había nacido hijo de mujer mayor que el Bautista.

En los desiertos vivieron aquellas dos grandes lumbreras de la Iglesia griega, San Juan Crisóstomo y San Basilio de Cesarea; del desierto sacaron a San Gregorio Nazianceno y a El Taumaturgo. En el desierto escribieron sus obras inmortales San Jerónimo y San Juan Damasceno y el antes citado San Pedro Damiano, e igualmente del desierto sacaron, aún siendo muy joven al gran San Atanasio.

En el silencio del retiro claustral escribieron también las suyas geniales, San Bernardo y San Juan de la Cruz, y desde el silencio del claustro envió sus rayos de elocuencia y de celo el genio de Fray Luis de Granada y Fray Luis de León y

tantos escritores eminentes que alentaban a las almas por el camino de la vida espiritual.

Y en el claustro podemos decir que vivió la teología y lo más escogido y eminente de la filosofía como Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura y los grandes e innumerables maestros de teología y del saber en todos los siglos.

Del retiro de sus monasterios salieron los grandes predicadores San Vicente Ferrer y el Beato Diego de Cádiz.

En el silencio de los conventos escribieron sus libros maravillosas mujeres extraordinarias, haciendo inmenso bien a las almas, como la Beata Angela de Foligno, Santa Gertrudis, Santa Catalina de Sena, Santa Teresa de Jesús y Santa Teresa del Niño Jesús. ¿Qué escritor o literato superó su apostolado?

¿No han salido de los claustros los más grandes escritores y los más renombrados teólogos y apologistas en número incontable?

Y fueron pasmo y admiración de todos los tiempos los escritos de las esclarecidas Santas que añtes cité, con Santa Teresa de Jesús a la cabeza. ¿Quién podrá expresar el bien que se ha hecho al mundo y el apostolado que ha nacido de la soledad?

Los Santos en los desiertos y los consagrados a Dios en sus conventos no se olvidaban ni se olvi-

dan de la Iglesia con sus necesidades ni de las almas por quien Jesucristo dio su vida.

Salían a veces en las persecuciones y contra la herejía, a defender la Iglesia o a dar su vida por el martirio para confesar a Cristo, como salió San Antonio en tiempo de la persecución de Diocleciano y se presentó en Alejandría confesándose cristiano para esto, y que le martirizaran y no consiguiéndolo se volvió al desierto.

San Afraates, célebre solitario, dejó un tiempo la soledad para luchar contra la herejía, y diciéndole fuese a vivir a su soledad y dejara la ciudad, respondía:

«Por recogida que viva una doncella, cuando ve ardiendo la casa de su padre, donde vive, deja el retiro para extinguir el fuego. La Iglesia, mi madre, está en llamas por la herejía; yo vengo a apagar el fuego.»

Vencida la herejía, se volvió al desierto.

La vida solitaria no resta nada al apostolado, antes lo perfecciona y multiplica.

El tiempo de oro de los desiertos rigurosos fue cuando los bárbaros irrumpieron las naciones civilizadas y atacaron la misma Roma, amenazando acabar con la civilización y con la Iglesia; pero corrieron los años, y terminaron los bárbaros convirtiéndose, quizá por el arma misteriosa y secreta de la oración y penitencia de aquellos

anacoretas y cenobitas, que se ofrecían a Dios y suplicaban por la Iglesia y por las almas de aquellos pueblos. En los desiertos y soledades santas se alcanzaban las gracias sobrenaturales, que iluminaban las inteligencias con la luz de la verdad y cambiaban las voluntades, guiándolas por el bien, y ponían lágrimas de contrición y arrepentimiento en los pechos y en los ojos.

La rápida conversión de las Américas cuando fueron descubiertas fue un milagro de la gracia. Mientras en las inmensas regiones de la India asiática, después de siglos, apenas ha logrado avanzar el catolicismo, en las Américas se propagó por todos los lugares, e incluso en los siglos XVI y XVII, había gran número de vocaciones nativas para sacerdotes y religiosos, vocaciones que casi desaparecieron, y vino la escasez actual cuando el enciclopedismo, el liberalismo y la masonería se extendieron y deshicieron la fe y la piedad de los nativos, que para proclamarse patriotas se afiliaron a esas sectas anticatólicas y se rebelaron contra la iglesia y contra la España civilizadora y creyente que les había ganado en medio de heroísmos y martirios para Cristo, calumniándola con la difusión de la leyenda negra y deteniendo y casi totalmente paralizando y, aun anulando, la evangelización de los indios; y paralizada ha estado un siglo entero, desde la independencia, hasta que, con el sacrificio de dejar

la patria, han vuelto de nuevo, estos últimos lustros, los misioneros españoles a trabajar en campos aún no roturados a los abandonados indios nativos, como leemos en estos días lo hacen los capuchinos leoneses con los indios motilones de Venezuela y en las varias Prefecturas apostólicas de aquellas regiones encomendadas a diversas Ordenes religiosas de España.

La rapidez de la conversión de las Américas se debió no sólo a muchísimos fervorosos y heroicos eclesiásticos que emularon, en lo espiritual, los hechos materiales apenas increíbles de los conquistadores; a misioneros abnegados y santos que allí gastaron sus vidas o las perdieron a manos de los indios, sino a la Iglesia orante y expiante de muchas almas santas en los claustros, las cuales desde sus retiros suplicaban al Señor por la conversión de esos indios y formaban como una sola alma con los misioneros, y Dios hizo que aquellas inmensas regiones pasaran del paganismo al catolicismo y empezara a florecer allí la santidad con almas tan hermosas y admirables como Santa Rosa de Lima, Santa Mariana de Paredes, San Martín de Porres, dignos frutos de los heroicos misioneros como Santo Toribio de Mogrovejo, San Luis Beltrán, San Francisco Solano, San Pedro Claver y otros innumerables gigantes de santidad, que evangelizaron aquellas tierras.

Allí, como en España, florecieron gran número de conventos claustrales donde vivían las almas consagradas a Dios en santidad y retiro, rogando al Señor por las almas y ofreciéndose a Dios por la conversión de todas.

El alma humilde y santa, que vive silenciosa en continua súplica y ofrecimiento expiatorios en la soledad o retiro, ve en los misioneros a hombres revestidos de Cristo, abnegados y como sobrenaturalizados, que realizan la obra divina de poner a las almas en el camino del cielo, trayéndolas a la vida de gracia. Lo mismo es que sean apóstoles de las tierras infieles que de regiones cristianas, porque el alma en pecado siempre es tierra pagana.

Para el alma solitaria no hay distinción. Todos son enviados de Cristo.

El misionero, por perfecto que sea, es hombre y no ángel. Ha de tener deficiencias, equivocaciones e imprudencias. El alma solitaria no las ve ni piensa en ellas. Sólo ve y admira al enviado de Jesucristo, que realiza la obra sobrenatural más grande y hermosa, y ruega para que la haga con perfección. Mirándose a sí se ve indigna e inhábil de tal ministerio. Sólo puede ofrecerse, y continuamente se ofrece, como colaboradora de esos enviados del cielo y escogidos de Jesús para la obra más santa; se ofrece con humildad en expiación de súplica y de sacrificio por las almas,

por todas las almas, llorando sus errores o ceguedad, y pide por esos santos misioneros para que nunca desfallezcan ni dejen de estar a la altura de enviados y representantes del Señor. El alma solitaria es como un ángel custodio inseparable del apóstol externo; es un hermano suyo que toma parte en todas sus obras.

El alma retirada, santa y abrasada en amor, tiene campo inmenso para su apostolado. Todas las cosas las mira en Dios, y ve el mundo entero en Dios y para Dios, y suplica al Señor por todo el mundo sin poner límites a su plegaria, aun cuando también pida y ore por almas individuales y pueblos o regiones particulares. Como nuevo Moisës en lo alto del Sinaí, en el silencio del mundo, trata íntimamente con Dios y pide por su pueblo, por sus conocidos y amigos, por su nación, pero no deja de presentar todo el mundo al Señor para salvarle.

Oía muy gustoso de labios de un alma santa que moraba en soledad, muy consciente de su apostolado de intercesión y de inmolación, que al empezar la Cuaresma no sólo renovaba su deseo de apostolado y de ayudar a los apóstoles misioneros en sus trabajos, sino que decía: «Yo me dirijo a la radio de Dios y hablo en El y por El a todo el mundo y estoy seguro que el mundo me oye. Mis auditorios son inmensamente más numerosos que las grandes concurrencias de los

predicadores más famosos. Dios dará eficacia a mi predicación.»

La oración de unión de amor con Dios de las almas en soledad santa, dice San Juan de la Cruz que siempre es oída favorablemente de Dios. La influencia de estas almas en la Iglesia y en los hombres siempre es inmensa, superior, por la perfección del amor con que se hace, a la de cualquier otro. Estas son las almas sacerdotales y las víctimas puras latréuticas y expiatorias.

Santa María Magdalena dejó su misión de apostolado activo entre los hombres y se retiró a vivir en amor con Dios, ejercitando un más alto y eficaz apostolado.

La soledad floreció y no dejará de florecer y siempre dará fruto. Se cumplieron y cumplen las palabras de Isaías y las de David cuando dice: *Se pondrán lozanas las praderas del desierto y vestiránse de gala los collados* (1). El mundo necesita apóstoles y mucho más, santos. Estas almas santas y ofrecidas en silencio son sumamente afectas a Dios, como las columnas de la Iglesia y los canales de gracias y bendiciones celestiales.

Y la historia enseña con sus hechos que los solitarios huyendo del trato del mundo y recogidos y consagrados a Dios, realizaron un apostolado

---

(1) Salmo 64, 13.

de grandísima eficacia en la conversión de las almas y de los pueblos.

Porque por muchas almas que hayan convertido los misioneros más activos e infatigables, no creo superen a los miles de las que buscaban a San Antonio Abad en el desierto para recibir la gracia de Dios, y abrazar el cristianismo o para consagrarse a Dios en vida más fervorosa o en la de perfección y santidad como él.

Miles fueron las personas que buscaban a San Antonio en su soledad, cuando aún vivía, y con verle u oírle se convertían. Y miles fueron los que se pusieron bajo su dirección y abrazaron vivir una vida santa, penitente y retirada a imitación suya y bajo su dirección.

Y muchos más miles continuaron convirtiéndose y entregándose a Dios en la vida consagrada en el retiro después de su muerte con el recuerdo de sus hechos admirables y de su vida santa.

Cuando San Macario fue desterrado a una isla, se convirtieron los habitantes de la isla con su presencia y ante su santidad.

Eran igualmente miles las personas que acudían a ver y oír a San Simeón el Estilita en la soledad sobre su columna convirtiéndose muchos y enfervorizándose aún muchos más con tal ejemplo.

Y miles sabemos que fueron a ponerse bajo la dirección de San Pacomio y abrazaron la vida de

su legislación en la soledad, como fueron miles los que acudieron atraídos para la vida santa establecida por San Teodosio el Cenobiarca.

Y eran las gentes quienes buscaban a esos santos solitarios atraídos por su vida y por el llamamiento divino que por ellos sentían. Así se convirtieron y enfervorizaron regiones enteras.

Los solitarios como los Fundadores de las Ordenes religiosas, abrazaban el recogimiento o soledad para santificarse ellos y la fama de sus virtudes atraía a las personas en tan notable y extraordinario número, que formaban verdaderas colonias, y Ordenes religiosas que convertían a los pueblos.

No buscaban directamente las conversiones, sino su santificación y trato con Dios, y Dios difundía su fama y atraía las gentes y las convertía por ellos en modo maravilloso y que extrañaba a todos.

Fue buscando la soledad de un sitio a otro San Victoriano de Asán, porque donde quiera que vivía, acudían continuamente a él muchas gentes y terminó por construir varios conventos para que pudiesen vivir los que acudían a que los dirigiese en la vida cristiana y espiritual.

Y San Fructuoso, de la familia real de los Godos, se retiró a la soledad y se trasladaba de una soledad a otra continuamente, porque era tal el atractivo que Dios puso en su persona y en su vi-

da, que los hombres jóvenes dejaban los poblados y sus familias y le seguían en tanto número que los jefes del ejército se quejaron al Rey que lo prohibiese, pues no iban a quedar jóvenes para poder nutrir el ejército de la nación.

A la soledad fue San Francisco de Paula desde muy jovencillo y no queriendo interrumpirla por nada, no quiso admitir a muchos que acudían pidiendo su dirección y terminó formando la Orden de los mínimos y llamándole el Rey de Francia fuese a París para vivir con él, no lo aceptó el santo.

¿Y cúal no fue la maravilla del crecimiento de religiosos que acudió a San Bernardo y se extendió su Orden por toda Europa con miles de monjes y cientos de conventos por él fundados?

La vida de la soledad es santa y en manera extraña fecunda y apostólica y lleva las almas a Dios no sólo mientras vive el solitario y el alma retirada y consagrada a Dios, sino continúa influyendo y convirtiendo almas a través de los siglos en las más diversas naciones con el recuerdo admirable de su vida o de sus escritores santos y con su influencia desde el cielo. En verdad que la soledad es muy fecunda en producir rosas de almas y frutos para el cielo, y aún de frutos abundantes y heroicos de caridad en la tierra con los hombres.

Pues en la soledad se santificaron y de la soledad salieron para fundar la Orden de Trinitarios o Redención de Cautivos San Juan de Mata y San Félix de Valois para salvar de la muerte del cuerpo y librar de las prisiones del cautiverio a tantos cautivos como libertaron y muchos más de la muerte del alma a la vida de la gracia y a la fervorosa vida consagrada a Dios en los claustros.

Y sólo Dios sabe los millones de almas en hombres y en mujeres que en fecundísima cosecha produjo la soledad de San Benito a través de los siglos y aún continúa produciendo. Creo que nadie pensará haya habido misionero por activo que haya sido y por muchas almas que haya llevado a Dios que pueda compararse con las llevadas a Dios por este santo formado en soledad.

Que la soledad en Dios hace soles con claridad, brillo y calor del mismo Dios que se extienden por todos los horizontes, embellecen todas las regiones y multiplican los cristianos y los santos en todos los ambientes.

Benditos solitarios que viviendo sólo para Dios y con Dios, tanta gloria y tantas almas llevan al cielo.

Quiero terminar con la maravillosa enseñanza que San Juan de la Cruz nos da tratando del Amor de unión en tales almas y el fruto que hacen en la Iglesia y en las almas de los hombres.

«Verdaderamente, dice, esta alma está perdida en todas las cosas y sólo está ganada en amor, no empleando ya el espíritu en otra cosa. Por lo cual, aun a lo que es vida activa y otros ejercicios exteriores desfallece por cumplir de veras con la una cosa sola que dijo el Esposo era necesaria y es la asistencia y continuo ejercicio de amor en Dios. Lo cual El precia y estima en tanto, que así como reprendió a Marta porque quería apartar a María de sus pies por ocuparla en otras cosas activas del servicio del Señor, entendiendo que ella se lo hacía todo y que María no hacía nada, pues se estaba holgando con el señor, siendo ello muy al revés, pues no hay obra mejor ni más necesaria que el amor, así también en los Cantares defiende a la Esposa, conjurando a todas las criaturas del mundo, las cuales se entienden allí por las hijas de Jerusalén, que no impidan a la esposa el sueño espiritual de amor, ni la hagan velar, ni abrir los ojos a otra cosa hasta que ella quiera.

»Donde es de notar que, en tanto que el alma no llega a este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor así en la vida activa como en la contemplativa; pero cuando ya llegase a él, no le es conveniente ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores que le puedan impedir un punto de aquella asistencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque es más preciso delante de El y del alma un poquito de este amor, y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas. Que por eso María Magdalena, aunque con su predicación hacía gran provecho, y le hiciera muy grande después por el gran deseo que tenía de agradar a su Esposo y aprovechar a la Iglesia, se escondió en el desierto treinta años para entregarse de veras a este amor, pareciéndole que en todas maneras ganaría mucho más de esta manera, por lo mucho que aprovecha e importa a la Iglesia un poquito de este amor.

»De donde cuando alguna alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia si, aunque fuese por poco espacio, la quisiesen ocupar en cosas exteriores o activas, aunque fuesen de mucho caudal, porque pues Dios conjura que no le recuerden de este amor, ¿quién se atreverá y quedará sin reprensión? Al fin, para este fin de amor fuimos criados. Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir el mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alto como esta. Cierto entonces harían más, y con menos trabajo, con una hora que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera, todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aún a veces daño. Porque Dios os libre que se comience a envanecer la sal, que aunque más parezca que hace algo por de fuera, en sustancia no será nada, cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios» (2).

«¡Oh cuán dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando y reposando en su seno! ¡Oh cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios, vivir con inmensa tranquilidad porque aún con la más mínima motica o bullicio no inquiete ni revuelva el sueño del Amado! Está El allí de ordinario como dormido en este abrazo con la esposa, en la sustancia de su alma, al cual ella muy bien siente y de ordinario goza. Porque si estuviese siempre en ella recostado, comunicándose la noticia y los amores, ya serían estar en la gloria; porque si una vez que recuerda

---

(2) SAN JUAN DE LA CRUZ: *Cántico Espiritual,* Canc. 29, 1-3.

tantico abriendo el ojo pone tal el alma, como habemos dicho, ¿qué sería si de ordinario estuviese en ella, para ella bien despierto? (3).

Quiera el Señor que el jardín de su Iglesia está floridísimo en almas embellecidas con todas las virtudes y saturen todas las demás almas en divino amor.

Inundad, Señor, el mundo todo en vuestro amor para que todos aspiremos y vivamos este amor; que vuestra gracia o vida sobrenatural no falte en alma ninguna.

Enviad almas santas a este mundo, que vive en penumbra, para que sea iluminado por esos soles inmensos y brillantes de vuestro amor.

Sólo hay un apostolado: *amar y hacer amar al Amor.* Todo apóstol es amor. El amor es el apóstol de Dios. El amor es unión y forma una sola llama. La llama del amor se fomenta con la oración y penitencia; su calor son las virtudes.

La iglesia docente y la iglesia que ora y expía, son una única iglesia; el alma de la iglesia y su vida es Jesús. La iglesia es Jesús a través de los siglos.

Es más apóstol el que más ama. Convierte y santifica más almas el más santo. El santo gusta de tratar con Dios y en todo estársele ofreciendo.

---

(3) Idem, íd.: *Llama de Amor Viva,* Canc. 4, 15.

El alma que se retira a la soledad para vivir sola con Dios, no abandona el apostolado ni deja de ser apóstol, sino que se abraza con el apostolado más perfecto y de mayor eficacia. Ni se retira para vivir una vida más descansada o cómoda, antes se alista como soldado valeroso y determinado para el puesto de mayor esfuerzo en la batalla contra el demonio, contra el mundo y contra sus apetitos, hasta ganar la victoria para Dios y para la iglesia.

El demonio no se deja fácilmente arrebatar ni la victoria ni las almas que pretende robar a Dios y lucha más feroz y más astutamente contra ese soldado valeroso y confiado en el Señor, que se consagra con heroismo a Dios en la soledad totalmente. Ni puede tolerar que esas almas se consagren al amor de Dios, que El por soberbia perdió, ni que Dios haga con ellas la unión de amor; para impedírselo las pone todas las violencias y todos los ardides.

La soledad es el choque más fuerte del demonio contra los soldados escogidos de Dios y el lugar de las luchas más enconadas, pero lo es también de los triunfos más gloriosos de Dios por estos soldados y de las derrotas más humillantes para el demonio vencido por un hombre. Estos soldados en su soledad son la gloria y esplendor de la iglesia y conducen muchas almas al cielo. En la soledad se llenan de méritos y son soles que ilu-

minan la sociedad. Almas de heróico amor de Dios, le dan más límpida gloria y animan a las demás a amar a Dios sobre todas las cosas.

Son los héroes preclaros de Dios y soles esplendorosos de la iglesia con su santidad. Son los escogidos de Dios en quienes tiene su confianza y sus complacencias y por quienes envía su amor y sus gracias al mundo. A ellos les deja confiado su cruz y su honra, que son su cetro y su reinado.

Dichosos soldados a quienes Dios entrega confiado su bandera triunfal, su honra y su amor. Serán invencibles, porque son muy humildes y han puesto toda su confianza en Dios, en quien viven y para quien viven. Por ellos el nombre de Dios iluminará a las almas y ellos alcanzarán de Dios la llama de su amor para abrasar el mundo en amor de Dios.

Dichosas estas almas, paraísos de Dios en la tierra.

INVOCACION AL SEÑOR

Señor, Jesús, Redentor mío; que tomaste la naturaleza humana y viviste como yo para ser mi redentor y mi salvación y mi modelo. Fortalece mi debilidad para que deje yo mover mi corazón de tu gracia divina y me entregue a Ti que eres el Amor. Vacíame de mí para que sea todo tuyo.

Jesús: a todos llamas y a nadie te niegas; llámame a mí con tal eficacia, que no quiera otra cosa que ser tuyo y estar amándote; que a Ti entregue todo mi amor: mi alma, mi cuerpo, todo mi ser.

Recíbeme, oh mi Redentor, y guárdame en tu amor para que dejándome yo hacer amor tuyo, todo mi amor y todas mis obras sean amor tuyo y cante en Ti y Contigo tus alabanzas y tus misericordias.

Recíbeme, Dios mío, y guarda en Ti limpia mi alma para que sea toda tuya aquí en la tierra y sólo por Ti ame y en Ti piense y ame a mi prójimo en Ti y por Ti, y me lleves al cielo para ser eternamente Tú, amor mío y yo, amor tuyo en la eterna e íntima compañía tuya y cante tu gloria y tus misericordias ya en dicha perpetua. Amén.

L.D.V.M.

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	7
Cap. I.—La soledad material es contra la condición natural del hombre.	13
— II.—La soledad en Aristóteles y en Santo Tomás	17
— III.—La soledad en la Literatura	23
— IV.—La soledad evangélica es compañía de Dios	27
— V.—La soledad en los poetas españoles: Juan Matos, Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina	33
— VI.—La soledad en Fray Luis de León	51
— VII.—La soledad en Francisco de Aldana, Cristóbal de Virués, Francisco de Jesús, Bernarda Ferreira y Jovellanos.	63
— VIII.—San Antonio en la soledad	83
— IX.—La soledad es buscar a Dios y vivir en Dios, en la compañía más íntima, más amorosa y dulce	87
— X.—La soledad es amor de Dios. Diversas clases de solitarios y su formación	99
— XI.—La soledad santa es el reino de los cielos, según Casiano	109
— XII.—La soledad y la perfección en Juan de Jerusalén	113
— XIII.—El gozo y la soledad en San Agustín	119
— XIV.—Alabanzas de San Basilio a la soledad	125
— XV.—La soledad en Occidente. Alabanzas de San Euquerio	133
— XVI.—La soledad y la novela de Barlaam y Josafat	143

— XVII.—Origen de las Ordenes religiosas en Occidente 161
— XVIII.—Admiración de San Bernardo a la soledad y su concepto 167
— XIX.—La soledad y el Blanquerna de Raimundo Lulio 183
— XX.—La soledad espiritual y los santos 199
— XXI.—Fin y modalidad de los carmelitas en los desiertos y en las monjas. Gozo del retiro . 209
— XXII.—La soledad de Santa Teresa de Jesús. Su hermosura, la mayor........ 221
— XXIII.—En la soledad de San Juan de la Cruz se dispone el alma para la unión de amor con Dios. Dios hace al alma divina 233
— XXIV.—La soledad y las nadas de San Juan de la Cruz ponen al alma en la unión de amor ... 243
— XXV.—La soledad y las nadas inundan el alma de deleite y hacen de ella un jardín florido 255
— XXVI.—Goces y alegrías inefables de las almas en perfecta soledad........ 267
— XXVII.—Eficacia del apostolado de la vida solitaria 289
— XXVIII.—Jesucristo, apóstol del Padre en lo recogido de Nazaret. La Iglesia orante y expiante 301
— XXIX.—Jesucristo, modelo del apóstol activo y del apóstol solitario 309
— XXX.—Las almas solitarias se siembran en Dios y cosechan conversiones........ 315
— XXXI.—Unión del apóstol activo y del alma solitaria para la eficacia del apostolado...... 323
— XXXII.—Grandes apóstoles activos han salido de la soledad 335
Invocación al Señor 353